

Prólogo

El caballero se volvió para ver a su contrincante. Casi toda la hueste enemiga había caído. A pesar de todo, comprobó que los hombres más fuertes aún seguían combatiendo, en pie, portadores de temibles espadas que cortaban el viento con cada mandoble. Admiró, no sin cierto recelo, la increíble valentía de todos ellos. Eran increíblemente fuertes.

Tras varios días de asedio, los ciudadanos de aquella ciudad habían decidido atacar. Sus hombres, heridos, furiosos y hambrientos, habían sucumbido rápido. Las mujeres y niños habían quedado escondidos en algún lugar de la ciudad.

La batalla había sido larga y sangrienta, pensó con amargura el caballero. Había perecido demasiada gente, desde los más simples e inocentes hasta los más fríos y sanguinarios guerreros. La ciudad había quedado reducida a ruinas.

El caballero bloqueó el golpe de uno de los enemigos y embistió de nuevo, perforando a su adversario por un punto débil en su cota de malla. Arrancó la espada del cuerpo sin vida del enemigo y, tras un furioso grito de guerra, volvió a la carga.

El viento era frío, meciendo las hojas de los árboles, y el cielo se había teñido de la más absoluta oscuridad. El campo de batalla estaba colmado de cadáveres y gritos de muerte. Pudo sentir a su alrededor cómo cientos de espadas sacaban chispas al chocar, y, paralizado entre el furor de la batalla, se perdió entre las advertencias que, días antes de partir al asedio de aquella ciudad, aquel viejo brujo le legó:

—Los capitanes de esos malditos traidores han hecho un pacto con Satanás —había repetido una y otra vez como el temible eco de una maldición—. Yo descubrí su secreto, por eso ellos me quemaron los ojos con hierro al rojo vivo, y me rompieron los brazos con poderosos garrotes.

Y entonces, a su mente vino la frase, aquella que le carcomía la mente cada noche, aquella que le había hecho perder la cabeza:

—Ellos no pueden morir, son invulnerables, implacables... ¡Inmortales!

El caballero fue arrancado de su ensimismamiento de pronto, cuando comprobó, asustado, que un hombre corría hacia él, blandiendo una pesada espada. Evitó el ataque saltando hacia un lado. Rodó por el suelo y se levantó en menos de un segundo, alzando su enorme espada.

Los dos hombres se embistieron, sin apenas mirarse. El sonido de las armas fue como el bramido de un rayo al impactar contra el suelo. El temblor hizo que al contrincante del caballero se le cayera el casco, dejando al descubierto su sudoroso rostro que, sin embargo, no parecía estar cansado en absoluto.

Sus ojos, de un color gris muy claro, parecían ser el odio y el desprecio materializado. Sus facciones finas eran insultantemente perfectas. Sus labios, curvados por el odio, le daban a aquel hombre un aspecto peligroso. Su largo cabello plateado caía hasta los hombros.

Sin saber por qué, el rostro de aquel hombre hizo que su corazón dejara de latir por un momento, como si hubiera visto los ojos de la mismísima muerte. El hombre tragó saliva, sintiendo el sabor de la sangre en su boca. Atacó de nuevo, tratando de rebanarle la cabeza. Sin embargo, consiguió saltar a un lado para evitar el ataque.

Aprovechando el desequilibrio de su contrario, sacó una daga y se la clavó en un costado. La afilada arma atravesó la fina malla, y se hundió con fuerza en las costillas del enemigo. Pronto, la herida comenzó a sangrar, y de la boca del hombre emanaron extraños ruidos que el caballero interpretó como gritos de dolor. Se dejó caer al suelo, para darse un pequeño respiro tras su victoria. Sin embargo, para su desgracia, aquel fue un movimiento poco acertado, pues al levantar la cabeza para ver a su enemigo caer inerte sobre la fría hierba, le vio de pie, riéndose a carcajadas.

—Buen intento el vuestro, caballero —dijo una voz tan fría como parecía ser su alma—. Pero no sois digno de matarme. Sois

un mísero mortal. Tan débil... —se llevó la mano al costado, buscando la daga. Ante la mirada atónita del caballero, comenzó a sacársela, sin alterar su expresión lo más mínimo, como si fuera incapaz de sentir dolor alguno. La cantidad de sangre que salió del cuerpo del hombre de ojos de acero fue mucho menor de lo que debería haber sido. En los ojos grises de aquel diablo, pensó con pavor, algo brillaba—. Decidme, señor mío, ¿teméis a la muerte?

Su corazón comenzó a latir con una fuerza sobrehumana, y el caballero creyó que iba a sufrir un paro cardíaco en cualquier momento. Sentía el viento azotándole el rostro, cubierto de aquel frío sudor que causaba escalofríos. Miró con horror al hombre, tratando de responder. Pero todo quedó en un amago, pues de pronto, la daga se clavó sin vacilar en su pecho, rompiendo su piel, desgarrando sus músculos, partiendo sus costillas.

Abrió la boca, sorprendido, y dejó escapar un gruñido de terror. Sus fuerzas comenzaron a fallar, y todo su cuerpo se precipitó hacia el suelo. Y mientras sus mejillas acariciaban la helada hierba, su mente comenzó a apagarse con el eco de las palabras de aquel anciano: «Ellos no pueden morir, son invulnerables, implacables... ¡Inmortales!».

Comienzo

Los disparos de las armas nazis volaban por doquier. La gente huía, de un lado para otro, resguardándose de los disparos. Los niños y mujeres se escondían mientras los hombres, con sus armas, algunas improvisadas, abatían a los enemigos. El chico la vio. Aquel hombre se aproximaba. Entonces...

David despertó, sobresaltado, abriendo los ojos de par en par. Un sudor frío corría por su espalda, encharcando las sábanas bajo su tenso cuerpo. La cama en la que reposaba estaba empapada de arriba a abajo. Aún jadeante, se apartó el flequillo de la cara. Contempló, con inquietud, su reflejo en el espejo frente a su cama. Su expresión parecía una máscara pálida de cansancio y angustia. Sus ojos azul grisáceos estaban fuera de sus órbitas. Sobre ellos, descansaba su oscuro pelo, revuelto. Su pijama, que consistía en unos calzoncillos de pata negra ajustados y una camiseta vieja, estaba, al igual que su cama, cubierto de sudor.

Se levantó en cuanto hubo tomado conciencia de la realidad y se dirigió al baño, donde cerró la puerta, aún jadeando. Se miró de nuevo en el espejo. Sus ojeras iban en aumento. Llevaba mucho tiempo teniendo pesadillas. Y mucho, era mucho. La pesadilla era tan real como un recuerdo. Siempre igual. Nazis, disparos, muerte, esa chica...

Recordó con tensión la pesadilla, grabada en su mente con todo detalle, a fuego. Solo pensar en ella le traía pequeños pinchazos de dolor. Siempre, sin excepción, tenía aquel sueño en el que los miembros de la *Wermacht*, el ejército alemán, disparaban a matar, quizá por culpa de las decenas de aviones soviéticos que cubrían el cielo.

Se quitó el pijama y se metió a la ducha. El agua fría que salía del chorro le ayudó a despertarse. Trató de tranquilizarse,

enfocando toda su atención en aquellas gotas que se adherían a su piel, tratando de sacar la pesadilla de su cabeza. Aquello se había convertido en un ritual casi diario para el joven.

Al salir se vistió con ropa casi completamente negra. Siempre le había gustado aquel color, tan elegante y misterioso, pero a la vez cercano: como la noche, conocida y misteriosa, bonita y peligrosa.

Volvió a su cuarto y empezó a preparar la mochila para ir al instituto. El verano había acabado y ya se adentraba en un nuevo curso. Pasaría a primero de Bachillerato. Había superado el curso anterior con buenas notas, casi todo dieces; salvo arte, que no era precisamente su punto fuerte.

Siempre se le había dado bien estudiar, y sus profesores se lo recordaban constantemente, felicitándole por ello. Era parte del Consejo de Alumnos de la Escuela fundado por Sendoa Gil, unos años atrás. Aquel chico, un antiguo amigo suyo, había sido testigo de una de las mayores tragedias del mundo.

Habían pasado unos años de aquello, desde que había ido a Silverpolis, una ciudad americana creada únicamente con fines turísticos, donde el pobre muchacho se vio atrapado en un desastroso problema biológico, una epidemia que había diezmando a los civiles de aquella enorme ciudad. Por suerte, Sendoa sobrevivió, dejando atrás a muchos de sus compañeros.

Hacía tiempo que el mundo se encontraba en pleno cambio. Las multinacionales farmacéuticas habían comenzado a crecer, derrotando al resto de compañías. Una guerra secreta por el monopolio global en fármacos había comenzado.

Y, como suele ocurrir en las películas, siempre hay alguien dispuesto a llegar más allá. Al parecer, hubo una fuga vírica, procedente de una multinacional farmacéutica, en Silverpolis, y todo se fue al garete. A pesar del tiempo pasado, la gente vivía asustada.

Por si aquello fuera poco, la crisis que amenazaba el mundo había traído nuevas creencias y religiones. Al parecer, aquella oleada de sectas y grupos religiosos tratando de conseguir seguidores había cesado, pero unos meses atrás había traído disturbios y problemas sociales.

En aquel momento, el mundo, incluido el país en el que el joven David vivía, se encontraba en una época de tranquilidad,

a pesar de la crisis. Sin embargo, las cosas no siempre son lo que parecen, y David sentía que algo malo se estaba removiendo en las entrañas de la sociedad, algo que llevaba mucho tiempo siendo preparado.

Salió de casa sin desayunar siquiera, tras despedirse de su abuela. La anciana, Leire, vivía con él desde que sus padres murieron. David recordaba aquel día con suma tristeza. Habían pasado años desde aquello, pero no podía evitar sentir aflicción al recordarles. Habían sido muy buenas personas, pero habían fallecido. Aquello era ley de vida. ¿O no?

Los años cerraron las cicatrices que aquel día se abrieron en el corazón de David, pero los recuerdos pesaban más que el plomo y, por muy fuerte que el chico fuera, aquellas heridas se abrían de vez en cuando. ¿Por qué los buenos morían jóvenes? Era verdad que sus padres no eran unos adolescentes, desde luego, pero tampoco tenían edad suficiente para morir.

A veces le ocurrían cosas malas a personas buenas, pero escasas ocasiones había en las que los malos, los realmente malos, pagaban. Y quizá por ese mismo motivo el mundo se encontraba tan tenso, a la espera de ese infame ser que trajera dolor. Quizá el problema se encontrara en los que miran desde arriba.

Emprendió la caminata a pie, tratando de concentrar sus pensamientos en el hecho de que el instituto al que iba estaba a cuatro kilómetros de su casa, olvidando esa sensación de preocupación por la sociedad.

Debido a la larga distancia entre su hogar y su instituto, sabía un rato antes de casa para poder ir tranquilamente hasta allí. No le gustaba llegar tarde a ningún sitio. Si algo había aprendido en su vida, era que el tiempo era oro, ya que nada podía detenerlo, y se perdía con tanta facilidad como con la que se adquiría.

Llevaba años en el mismo instituto y le había cogido bastante cariño, con sus viejas y frías paredes y su olor a Matemáticas. Allí había conocido amigos que había perdido, bien porque se habían ido, bien porque habían cambiado a mal, en opinión de David. Y pensar que dentro de dos años todo se acabaría allí... Se le hacía un nudo en el estómago al pensarlo.

A pesar del tiempo que llevaba allí, sin duda, el año en el que había ocurrido lo de Silverpolis había sido el curso que más

había disfrutado. El ya mencionado Sendoa, acompañado de otros amigos, había viajado a la susodicha Silverpolis. Había ocurrido una catástrofe. Evidentemente no era aquella la causa de que aquel hubiera sido el mejor año en el instituto.

David lo sentía por ellos, habían sufrido mucho y no todos habían vuelto. No sabía qué había sido de su amigo, Sendoa, pero sabía que estaba a salvo y ya trabajando para *4Ever*, la gran multinacional farmacéutica.

Más de una vez se había preguntado cómo habría quedado de dañado su compañero tras aquella horrible experiencia. Deseaba que no le hubieran quedado estragos, aunque eso era algo imposible, debido a lo terrorífico de la situación que tuvo que soportar. David suspiró y miró la hora.

Eran las siete de la mañana y el cielo estaba encapotado, lo normal por allí, a pesar de que aún no era otoño. Vivía en una pequeña ciudad en los alrededores de Bilbao, en el País Vasco. Con el tiempo, había que acostumbrarse a vivir con el frío y la lluvia, que por allí abundaban. Y David tenía que admitir que, al final, uno acababa enamorándose de aquellas nubes que vestían el cielo día y noche.

El frío y la humedad se colaron por su ropa, anunciando una probable tormenta, por lo que decidió no arriesgarse a acabar empapado y se desvió hacia la boca del Metro, que había sido abierto unos meses atrás, concretamente el 4 de julio, el Día de la Independencia de Estados Unidos. Al joven le resultaba entretenido relacionar fechas con sucesos históricos, a pesar de que odiaba la Historia con toda su alma. En la Historia se podía apreciar la falta de amor del hombre hacia la vida y hacia sus congéneres y hermanos. Se podía apreciar el dolor, la muerte y la traición, los errores y las mentiras. «Algún día, el mundo será diferente», pensaba con frecuencia.

Se sentó en la estación del Metro y sacó su horario de la mochila. A primera hora tenía Física y Química. A pesar de todo, probablemente fuera una clase de presentación y no le preocupaba demasiado.

Esa tarde tenía clase de kung-fu y después de taekwondo. Al día siguiente, jueves, la tarde la ocupaba una academia de Latín. Había aprendido dicho idioma tiempo atrás pero, tras